

ma capitalista *actual*. La Iglesia se encontró ante dos grandes bloques ideológicos: uno, en sus comienzos, cuando englobaba aún sin diferenciar todas las tendencias, desde las moderadamente socializadoras hasta las nihilistas, no parecía ofrecer gran cosa aprovechable. El segundo, no ilícito en sus fundamentos, sí lo era en su realización positiva. ¿Qué podía hacer la Iglesia que no fuera preconizar la reforma de ese segundo sistema para hacerlo más humano, más justo? A esta tarea se dedicó la actividad de los Pontífices en las sucesivas encíclicas sociales, donde se fueron perfilando las opiniones de la Iglesia sobre el trabajo, el salario —con toda su riqueza de problemas: salario justo, familiar, etc.—, el sindicalismo obrero, la intervención estatal y muchas más cuestiones relacionadas con la implantación de un orden más justo. Las dificultades con que tropieza la Iglesia en su labor social saltan a la vista del lector. Por no citar más que una: la intervención estatal en la vida económica, aceptada hoy en mayor o menor grado en casi todos los países, pone en manos del Estado un arma política de primera magnitud, a la que el Estado no quiere renunciar. La pura doctrina católica mella ese arma en muchos aspectos, y la Iglesia tiene que limitarse, por un lado, a exponer su opinión, y, por otro, a contemporizar en lo posible.

El mundo que se construye ante nuestros ojos de manera tan brillante en apariencia —dice al final de su obra el Padre Villain— no podrá escapar a la anarquía si las instituciones que se buscan no están inspiradas en nociones sanas de la persona, la familia, la sociedad, el trabajo, la propiedad. Son los cristianos, precisamente, los que tienen el deber de aportar esas nociones.

MARÍA ELISA MASEDA

WELLS, Harry K.: *Pragmatism. Philosophy of Imperialism*. International Publishers. New York, 1954; 222 páginas.

La presente obra es una crítica marxista de lo más representativo del pensamiento norteamericano desde el último tercio del siglo XIX a nuestros días. Como dice Howard Selsam en la «Introducción», es esta la primera exposición crítica amplia del pragmatismo americano, en su evolución histórica, sus premisas básicas y sus conclusiones, su papel político-social y su impacto en cada fase de la vida y del pensamiento americanos, desde el punto de vista del marxismo.

En ella, tras un capítulo dedicado al estudio de las raíces del pragmatismo en los Estados Unidos, se van examinando sucesivamente la actitud metodológica de Charles S. Pierce, fundada en el voluntarismo; la interpretación racista de la historia de John Fiske, con la teoría del destino manifiesto de la raza anglosajona; el empirismo jurídico de Oliver W. Holmes, con su conocida visión del jurista como adivino de lo que sentenciarán los jueces; la filosofía de William James, de la que, en tres capítulos, se estudia la psicología, la

concepción del mundo, de la ciencia y de la religión, la teoría de la verdad y la afirmación voluntarista y práctica de *The Will to Believe*, y el pensamiento de John Dewey (cinco capítulos), desde sus criterios pedagógicos a su teoría de la experiencia religiosa, pasando por su concepción instrumental de la verdad, su teoría de la sociedad y su ética. Se cierra el libro con unas consideraciones generales sobre el sentido del pragmatismo norteamericano, en las que el autor recoge su posición bajo la rúbrica bien expresiva de «Filosofía del Imperialismo».

Para H. K. Wells, la filosofía no es un fenómeno aislado, separado del resto de la vida; es una parte integrante de una ideología, entendida ésta como la concepción de la vida y el modo de pensar de una clase. El pragmatismo es el nombre que ha venido a designar la particular concepción de la vida y el particular modo de pensar creados por la clase capitalista en los Estados Unidos. Hincan sus raíces, por un lado, en la realidad social de la vida norteamericana tal como se estructura después de la Guerra de Secesión, en la fase de auge de la economía capitalista, con la consiguiente formación de una burguesía poderosa; y, por otro lado, en el terreno filosófico del idealismo subjetivista, con una base británica —Berkeley, Hume y el empirismo inglés— y otra base germánica —Kant y el idealismo alemán—. Pero, obediente a las imposiciones del medio social de que se nutre, traduce este empirismo y este subjetivismo en una filosofía práctica: si para Berkeley «ser es ser percibido», para el pragmatismo americano «ser es ser útil». Se convierte, por tanto, en una filosofía del éxito, al servicio de la clase capitalista: es una filosofía del imperialismo. La filosofía del imperialismo estadounidense, la concepción del mundo, la teoría y el método de la clase capitalista.

¿Cuáles son los principales rasgos del pragmatismo, según se desprende del estudio de los autores analizados? El pragmatismo filosófico es a la vez un método y una teoría. Como método, cuatro son sus características principales: a) El *empirismo*, rasgo principal del cual los demás se derivan y que consiste en la afirmación de la experiencia, con exclusión de la razón, como única fuente de conocimiento; b) El *individualismo*, fruto del exclusivismo de la experiencia sensible, que impide elevarse por encima de lo particular; c) La *espontaneidad*, ya que, al no ser posible elevarse por encima de lo particular, no caben conocimientos sistemáticos, sino sólo espontáneos, lo cual supone la negación de toda ciencia; d) El *oportunismo*: a falta de un método científico nada cabe sino una acción basada en criterios de oportunidad, sin atención a las últimas consecuencias. Este método se adapta, por tanto, al carácter y al papel de la clase capitalista en la era del imperialismo. Pero el pragmatismo es también una concepción del mundo. Como tal es un idealismo subjetivista de tipo positivo. Al lado del positivismo lógico y del positivismo semántico está el positivismo práctico de esta concepción. Los caracteres de esta teoría son: a) El *subjetivismo*, con su secuela del solipsismo; b) El *oscurantismo*, ya que la negación de un cono-

cimiento científico deja las puertas abiertas a la superstición; c) El predominio de la *ficción útil*, como sustitutivo de la verdad inaccesible.

Frente a este pragmatismo, filosofía de una clase sin futuro, la pujante y revolucionaria clase trabajadora alza su propia filosofía, el materialismo histórico y dialéctico, cuyas dos principales raíces —la experiencia generalizada de la clase trabajadora y el acervo acumulado del conocimiento humano— garantizan al saber un impulso gigantesco que lo coloca a un nivel totalmente nuevo. La razón es clara: por primera vez en la vida de la humanidad el conocimiento deviene propiedad de los que trabajan, de los explotados y oprimidos. Esto significa la unidad de la teoría y la práctica, de la mente y la mano, después de millares de años de separación, por una división clasista del trabajo. Esto significa también un nuevo género de tecnología, un nuevo género de arte, un nuevo género de ciencia, una nueva sociedad y un nuevo individuo.

En la obra de H. K. Wells resulta a veces difícil hallar los linderos entre la objetividad y la pasión, el juicio y el prejuicio, lo crítico y lo dogmático. Si hacemos balance de sus méritos y deméritos, el saldo es, con todo, positivo. En efecto, prescindiendo del mérito puramente formal de la innegable sencillez y claridad de la exposición, la obra tiene cualidades que la hacen estimable. En primer lugar es un buen resumen de las doctrinas filosóficas, históricas, jurídicas y pedagógicas de las figuras más relevantes del pensamiento norteamericano, resumen que ha de ser de gran utilidad a quienes quieran iniciarse en las directrices generales de dicho pensamiento. En este aspecto, aunque la parte crítica aparece formando unidad con la meramente expositiva, las exigencias de la objetividad quedan a salvo, y el perfil de las distintas doctrinas está, en general, logrado con acierto.

Otro acierto, de principio, es el de tratar de encuadrar esta manifestación intelectual que es el pragmatismo norteamericano dentro de un marco sociológico. Es indudable que no puede comprenderse bien ninguna creación humana, si se la separa de la total realidad de que ha brotado, ya que nada en la vida se produce en departamentos estancos, sino que todo está íntimamente relacionado y cualquier pretensión escolástica de «pureza» puede llegar a la mutilación de facetas que no siempre han de resultar accidentales para la recta comprensión del fenómeno. No es preciso caer en el relativismo para afirmar que el pensamiento, como cualquiera otra manifestación del quehacer humano, está siempre condicionado por la época, por el lugar, por las circunstancias, en una palabra, por la *situación* en que este pensamiento se produce, ya que son las circunstancias particulares de cada tiempo, de cada lugar, de cada hombre, las que, cerrando unas posibilidades y abriendo otras, poniendo unos valores a la luz y otros en la sombra, marcan con signo de preferencia ciertos temas y señalan ciertos derroteros al pensar y al obrar de los hombres. La idea de que el pragmatismo responde a los peculiares modos de la vida americana de los últimos ochenta años es,

pues, una idea perfectamente plausible y con muchos visos de responder a una realidad. Pero las cosas no son tan rotundas como H. K. Wells quiere. La dependencia del pensamiento respecto de la realidad social supo ponerla magistralmente en su punto Max Scheler en su *Sociología del Saber* (1). Existen «*inclinaciones subconscientes* y condicionadas por la clase a concebir el mundo preponderantemente en una u otra forma. No son prejuicios de clase, sino algo más que prejuicios: *leyes formales de la formación* de prejuicios, y tales leyes formales, en cuanto leyes de preponderantes inclinaciones a formarse ciertos prejuicios, radican pura y exclusivamente en la *clase*... Son, pues, algo mucho más fuerte, más tenaz, más apremiante, que un simple falseamiento *ulterior* de la aprehensión intuitiva del mundo debido a la memoria o al juicio... Es realmente un *relieve formal* de distinto género el que ofrece *el mundo mismo* a las clases altas y bajas... El error surge únicamente: 1.º Cuando se equiparan estos sistemas de ídolos condicionados por la clase con las formas del ser y de la génesis de las cosas. 2.º Cuando se equiparan con las formas de pensar, intuir y valorar objetivamente válidas y se enjuicia a éstas por analogía con semejantes perspectivas categoriales de intereses de clase. 3.º Cuando no sólo se los tiene por «necesarios» como *inclinaciones* del pensamiento e *impulsos* de la intuición —cosa que en efecto son—, sino que además se tiene por causalmente necesario que todos los *individuos* pertenecientes a la clase sigan estas inclinaciones e impulsos en la actividad cognoscitiva, consciente y supraautomática de su espíritu. Los prejuicios de clase, y también las *leyes formales* de la formación de prejuicios de clase, son, por el contrario, *superables en principio para todo* individuo de la clase» (2). Esto no lo ha tenido en cuenta H. K. Wells. Llevado de su dogmatismo marxista y de su fe en el valor absoluto del materialismo dialéctico, ve en el pragmatismo un arma ideológica consciente de la clase capitalista —*a weapon in the attack on the working class science of Marxism-Leninism*—, una ideología impuesta por la violencia —*all the power of the state, all the force and violence, all the mass media of communication are behind it*—, casi una ideología «subvencionada» —*the power of pragmatism lies primarily in the economic and political power of the ruling class to foster it*—. Las consecuencias de esta fe laica y de este dogmatismo son fatales para una obra que, en principio, podía ser excelente como ensayo sociológico: perdido el nivel de la objetividad, la labor crítica se hunde en consideraciones simplistas, en reiteraciones llevadas hasta la saciedad, en tópicos marxistas gastados por el uso, en medio de todo lo cual se advierten observaciones atinadas, juicios certeros que hacen ver lo provechosa que hubiera podido ser esta obra debidamente encauzada.

(1) Trad. esp. (J. Gaos); *Rev. de Occid.*, Madrid, 1935. Cfr. también el ensayo del mismo autor *Die Idole der Selbsterkenntnis*, en la colección de ensayos *Umsturz der Werte*, tomo II, Neuer-Geist Verlag.

(2) *Op. cit.*, págs. 194-195.

En resumen, el balance practicado arroja los siguientes saldos: una buena exposición sucinta del pragmatismo norteamericano en sus principales figuras; un buen punto de partida para su enjuiciamiento desde un punto de vista sociológico; un acertado análisis de muchas facetas de la vida y del pensamiento en los Estados Unidos; un lamentable dogmatismo marxista que desvirtúa las pretensiones científicas del materialismo dialéctico y hunde los criterios de objetividad y con ello el valor de conjunto de la obra. Por último, la obra es un documento fehaciente de la actitud y posibilidades del socialismo científico en los Estados Unidos.

ALFONSO BARRADA

ZELTNER, Hermann: *Schelling*. Stuttgart, Frommans Verlag, 1954.

De día en día crece la atención acerca de la obra filosófica de Schelling. Esto es ya, de suyo, un hecho notable, pues siempre hay una razón cultural profunda en el flujo y reflujo que trae y lleva a los autores pasados a la mayor atención de los lectores presentes. Como mitógrafo, si se nos permite esta expresión, como filósofo de la existencia y, en general, como pensador profundo, Schelling se ajusta cada vez más a las inquietudes profundas de nuestra situación. Nada expresa mejor este ajuste que la reacción de Schelling contra Hegel. Porque nuestra época, el enclave temporal concreto en que nos ha sido dado vivir, es un momento de rebeldía contra Hegel. Este filósofo ha dominado la mentalidad occidental desde los primeros años del siglo XIX, hasta la protesta que pudiéramos llamar existencialista, heredera sin duda de la rebelión kierkegaardiana, rebelión que ha permanecido prácticamente olvidada por casi un siglo. No hay duda, a mi juicio, que la actualidad de Schelling está en conexión estrechísima con la protesta antihegeliana. Protesta que no está sólo en Kierkegaard y sus seguidores, sino que se alza igualmente en la concepción del mundo, defendida por los neopositivistas y neoempiricistas. No he leído palabras más duras contra el gran filósofo idealista que las que ha expuesto Russell. De este modo, desde los dos frentes filosóficos más característicos de nuestra época se ataca a Hegel que es acusado de retórico, palabrero e inventor de hipótesis absolutamente inverificables. Es cierto que acusaciones como las de Russell son exageradas e incluso denuncian un cierto rencor; pero no es menos cierto que la estrella de Hegel declina unos grados, que habrá de esperar una nueva y quizá remota elevación.

A principios del siglo XIX Schelling se alzó contra Hegel en unas conferencias pronunciadas en Berlín, a cuyas conferencias, por cierto, asistía Kierkegaard. Este último parece que acabó por decepcionarse de su primitivo entusiasmo ante el programa y las iniciales conferencias del antihegeliano. Según dijo en unas frases que se han hecho célebres, tan vacío era Schelling como la identificación entre